



Revue de Civilisation Contemporaine de l'Université de Bretagne Occidentale
EUROPES / AMÉRIQUES
<http://www.univ-brest.fr/amnis/>

Mujeres y praxis revolucionaria en Argentina : una aproximación a la militancia setentista a través de la perspectiva de sus protagonistas

Ana Guglielmucci
Universidad de Buenos Aires
Argentine
mucciana@hotmail.com

La complejión del ideario político-revolucionario : cambiar el mundo a la fuerza

En este artículo, tomando como base una investigación más amplia¹, nos referiremos a cómo un conjunto de mujeres se forjaron imágenes de la política y claves de lectura de los acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XX en Argentina que estamparon sus creencias y sus prácticas posteriores en organizaciones político-militares. Luego, nos abocaremos a analizar cómo se sustentó ese compromiso revolucionario y cómo fue transformándose en un contexto de aguda persecución y exterminio político administrado desde el Estado.

La percepción de que el mundo debía cambiarse de forma violenta se esparció dentro del clima ideológico de la sociedad argentina, mucho antes que las organizaciones armadas adquirieran la masividad de los años 70. La instauración de gobiernos militares autoritarios, que se plantearon reorganizar la moral de la sociedad a través de la inculcación de valores occidentales y cristianos, enérgicamente cuestionados durante la época, avivó la radicalización ideológica y política de amplios sectores de la población los que, al sentirse afectados en su libertad de expresión, se declararon compelidos a actuar al respecto.

¹ Nos remitimos a la investigación volcada en el siguiente libro: Guglielmucci, Ana. *Memorias desveladas: prácticas y representaciones colectivas del encierro por razones políticas*, Buenos Aires, Editorial Tientos, 2007.

En las entrevistas realizadas a decenas de mujeres militantes², la política aparece definida como un escenario del cual era imposible sustraerse y donde la fuerza prevalecía sobre el diálogo. Tal percepción se vio reforzada por toda una serie de acontecimientos que se sucedieron a principios de la década del setenta, durante la cual la violencia y la movilización popular asumieron un rol protagónico.

De diferentes formas, todas nuestras interlocutoras mencionaron la sensación de miedo y placer que estos eventos históricos les generaban pues, al mismo tiempo que la muerte (propia o ajena) se percibía como cercana, ellas creían que el futuro era inmenso y que no militar, acercarse a la gente o tratar de entender lo que estaba pasando era quedarse absolutamente fuera del nuevo mundo que se estaba gestando.

A partir de su participación en diferentes actividades sociales y políticas (centros de estudiantes, manifestaciones callejeras, clases de alfabetización, ollas populares, etc.), muchas de ellas comenzaron a percibir su capacidad de influir en el espacio público. Pero, llegó un momento en que la sola vocación de intervención en la vida social fue considerada insuficiente. No bastaba tener ideales de una sociedad mejor y discutirlos; era necesario luchar de otra forma para que esos ideales triunfaran. La acción revolucionaria, en este sentido, se mostró como expresión de una sensibilidad hacia los problemas generados por la desigualdad social y la exclusión económica acompañada de una voluntad de cambio político radical.

En un país donde la política había sido y era vivida como sinónimo de confrontación, antinomia violenta y persecución (peronismo o antiperonismo, educación laica o libre, liberación o dependencia), nuestras interlocutoras refirieron que se sintieron atraídas por alternativas que propugnaban un cambio revolucionario, desde los más diversos ámbitos, sobre una realidad percibida como injusta y asfixiante. En este clima, la lucha armada comenzó a ser vista como una alternativa viable a la política partidaria tradicional, reafirmando la percepción de que el poder, concentrado y denegado durante años de dictaduras y gobiernos democráticos de escasa legitimidad, debía tomarse por la fuerza.

Más allá de la ideología de las mujeres entrevistadas, la utilización de la violencia como medio de transformación social fue conceptualizada como una elección históricamente fundamentada y justa, en tanto cortejaba reivindicaciones ligadas a sectores populares nacionales e internacionales, seculares y religiosos, vedadas por diferentes gobiernos considerados ilegítimos. Sus opciones fueron entendidas como parte

² Las entrevistas – abiertas y en profundidad – fueron realizadas a trece mujeres seleccionadas especialmente por la autora en base a sus trayectorias de vida. Estas mujeres militaron en diversas organizaciones revolucionarias (Descamisados, Movimiento Revolucionario Che Guevara « MRCh », Organización Comunista Poder Obrero « OCPO », Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo « PRT-ERP », Montoneros, Fuerzas Armadas Revolucionarias « FAR », Vanguardia Comunista « VC », Peronismo de Base « PB », entre otras), ocuparon distintos niveles de jerarquía dentro de las mismas, y provenían de diversas partes del país y de disímil extracción social. Todas ellas fueron perseguidas, muchas permanecieron detenidas-desaparecidas en centros clandestinos de tortura y exterminio, y luego fueron reclusas en cárceles de máxima seguridad. Algunas de ellas fueron exiliadas. Además de estas entrevistas, que consistieron en tres encuentros con cada una de ellas, se realizaron entrevistas preliminares (individuales y grupales) con otras ex militantes revolucionarias, participamos en encuentros de más de cien mujeres para coordinar la publicación de un libro de cartas escritas en la prisión (publicado por Nuestra América Editorial en 2006: «Nosotras. Presas políticas», obra colectiva de 112 presas políticas entre 1974 y 1983), y coordinamos los contenidos de un documental testimonial sobre la experiencia carcelaria en Devoto durante el terrorismo de Estado en Argentina para lo que fueron realizadas nuevas entrevistas a otras 20 mujeres que no hubieran sido consultadas con anterioridad.

de la violencia del pueblo, emergente y resultado de la violencia sistemática expresada en la proscripción del peronismo, la desocupación generada por los cierres de fábricas e ingenios, los jornales impagos, la usura, la explotación, el hambre, los asesinatos de los opositores políticos, las intervenciones a las entidades gremiales y educativas, etc.

En este sentido, la opción por la lucha armada fue concebida como un medio de defensa y como una herramienta colectiva viable para gestar nuevas relaciones sociales a escala mundial (incluidas las relaciones hombre-mujer). Y fue vivenciada por sus protagonistas como una opción política apuntalada en una sensibilidad radical compartida por amplios sectores de la sociedad, que expresaba la necesidad vital de un cambio que trascendiera todos los ámbitos de la experiencia humana : las relaciones familiares, la crianza de los hijos, las relaciones sexuales, la religión, las relaciones materiales de producción, la justicia, entre otros.

La creencia en la necesidad de un cambio radical y violento, y su triunfo inexorable, también se vio apuntalada por la extensión del proceso revolucionario alrededor del mundo y la instalación en la sociedad argentina del discurso del comunismo y el socialismo nacional, lo que en gran medida las estimuló a integrarse en organizaciones (coloquialmente llamadas «orgas») que optaron por la lucha armada para construir una sociedad distinta a la existente.

Es por esto último, que el ingreso a organizaciones revolucionarias emerge en sus relatos como un paso natural, una prolongación de la vocación de intervención pública. En palabras de una de nuestras interlocutoras :

Si no nos defendíamos entre pares no había destino, no había un lugar social para poder vivir, un lugar en el mundo para desarrollarse. Quisimos cambiar el país, ser sujetos constructores de nuevas reglas de moral, de ética; mientras teníamos novios, paríamos, bailábamos, estudiábamos, leíamos a Marx, Perón, Fanon, Cárdenas, Lumumba, trabajábamos, barríamos, coqueteábamos, ¡militábamos!³

El encuadramiento en organizaciones revolucionarias

La participación en organizaciones revolucionarias les permitió a las mujeres entrevistadas poner en práctica una mezcla de discursos, sensaciones y percepciones que ya traían consigo, terminando de anudar su mundo afectivo-valorativo con la actividad política, y dándole a la vocación de intervención pública un sentido final de acción revolucionaria.

La organización constituyó un ámbito donde confluyeron personas, se compartieron ideologías y, fundamentalmente, se llevaron a cabo acciones tendientes a instaurar la creencia en la necesidad histórica y moral de un cambio revolucionario. Pero, esta creencia no sólo respondió a la « lógica objetiva de las ideas » sino también a la « lógica de la pertenencia o confianza acordada »⁴. En tanto, quien decía « creer en la revolución », no sólo expresaba su adhesión a un sistema de enunciados que se tenían por verdaderos, afirmaba una certeza personal o dejaba constancia de su convicción política, sino que – primordialmente – daba testimonio a sus compañeros de una fidelidad.

Por medio de la praxis militante, hombres y mujeres pusieron en juego una serie de normas, valores, y cosmovisiones que respondían no sólo a un corpus de ideas coherente

³ Entrevista con Mirta, militante de FAR y luego de Montoneros, Buenos Aires, 10 de mayo de 2001.

⁴ Para una definición más específica sobre la distinción entre estas dos lógicas véase: De Ipola, Emilio, *Las cosas del creer. Creencia, lazo social y comunidad política*, Buenos Aires, Ariel, 1997: 12)

y argumentado, sino también al compromiso con los suyos, al « ser miembro de ». Creer en la revolución se encontraba entrañablemente implicado con la creencia en el colectivo que la forjaba. La organización político-militar, en este sentido, fue percibida como el símbolo, la expresión viviente – ante los ojos de todos los militantes – del ideario político, como su garante y defensora. En este marco, interpretamos que sus miembros no sólo se encontraron individualmente atraídos unos a otros porque se asemejaban (fundamentalmente en términos ideológicos), sino que estaban ligados también a la condición de existencia de este colectivo. Una sociedad donde, en términos de una de las mujeres entrevistadas : « se armaba, se comía y se dormía juntos » .

Lo anterior no implica negar que, junto a las bases compartidas, coexistieran jerarquías y especializaciones. Al interior de las organizaciones revolucionarias, praxis políticas comunitarias e igualitarias convivieron con un conjunto diferenciado de prácticas compartimentadas, deberes de jerarquía o roles de género tradicionalmente estipulados. Todas las mujeres entrevistadas manifestaron su convivencia durante años de militancia con grandes discrepancias sobre las decisiones y acciones políticas concretas efectuadas por sus grupos de pertenencia, aunque raramente las comunicaron a los otros o las aceptaron ante sí mismas. Consideraciones que nos conducen a examinar cómo funcionaron estas organizaciones con tales disconformidades.

A través de una cadena diariamente renovada de dones y responsabilidades compartidas, los militantes sellaron estrechos lazos de confianza y fidelidad entre ellos, fomentando su comunión. Así, cada individuo era trascendente en tanto parte del colectivo que encarnaba el proyecto de transformación. En este contexto, la existencia de un sistema de obligaciones recíprocas pudo haber colaborado – tanto en el ámbito cognitivo como material – a diluir las divergencias internas y a activar motivaciones auxiliares para la conformidad con las exigencias establecidas de jerarquía y roles de género tradicionales al interior de las « orgas » .

La militancia se presentó como un entretreído de operaciones, una combinación de dones y deudas, una red de reconocimientos y derechos. En ella, cada militante – en virtud de su creencia en la revolución – abandonaba una ventaja presente, o algo de sus pretensiones individuales, para conceder crédito a un destinatario, que podía ser otro militante o simpatizante; al fin de cuentas : otro « compañero ». De este modo, cada militante se sacrificaba, abandonaba parte de su autosuficiencia individual, por un bien mayor – la revolución – expresado en el colectivo político.

En este marco, se comprenden frases expuestas por nuestras interlocutoras como « dar el cuerpo y el alma », « dar la vida y la muerte », donde « el riesgo valía la pena, porque la revolución era lo más importante ». Frases que nos hablan de la creencia en la revolución como práctica contractual de expectativas mutuas, del tipo : « tu lo crees si lo haces, y si no lo haces, no lo crees ». Proposición que no se refiere necesariamente a la validez de un saber, sino que apela – primordialmente – a la solidaridad entre los participantes del proyecto revolucionario.

Al respecto notamos que, si bien los lazos de parentesco, amistad y pareja funcionaron como canales de politización y como patrones de socialización dentro de las organizaciones –impregnándolas de principios y valores como : la confianza, la solidaridad y la lealtad mutua –, fueron las adhesiones ideológicas las que marcaron los límites de un tipo de comunidad donde sus miembros se encontraban hermanados por la fuerza de las definiciones políticas. Definiciones reforzadas tanto por la participación en

grupos de lectura, estudio, debate, entrenamiento físico-militar, y diversas acciones de irrupción en el espacio público, como en toda una serie de rituales de socialización que tendieron a familiarizar las relaciones ideológico-políticas.

El « compartir todo » fue señalado por las mujeres como un elemento definitorio de su militancia : vestimenta, comidas, fiestas, lecturas, dinero, vivienda, emociones; hasta la maternidad se compartía. Las mujeres cuentan cómo se rotaban entre los compañeros de militancia para cuidar a los hijos : « La militancia era un lío con los chicos, tus viejos te los cuidaban, pero llegaba un punto que era más fácil arreglar entre nosotros, porque no tenías que andar dando explicaciones. Los compañeros eran como los tíos. Es más, a veces vivíamos todos juntos »⁵.

El acompañamiento renovado diariamente entre unos y otros, al mismo tiempo que selló lazos de confianza y lealtad, alentó el compromiso y la responsabilidad con la lucha y la organización. A medida que la cadena de dones se expandía, que un sin fin de actividades de cooperación entrelazaban al grupo de militantes ampliando su camaradería, se fortaleció el compromiso ideológico y la seguridad de estar construyendo un proyecto social alternativo entre « compañeros ». De ahí la potencia de la creencia en la revolución, la cual daba cuenta, tanto de una convicción personal como de una fidelidad al resto del grupo.

Los « compañeros », simbólicamente, eran aquellos hombres y mujeres que compartían las mismas preocupaciones, los mismos principios y valores, los mismos códigos, aquellos con los que « podías contar incondicionalmente », con los que « sólo bastaba una mirada para saber de qué estabas hablando », los que « respiraban el mismo aire que uno ». Tales propiedades, subyacentes al reconocimiento mutuo, eran vivenciadas con mayor intensidad en las « células » o en los « ámbitos », donde predominaban lazos de tipo comunitario⁶. Sin embargo, la figura del « compañero » y los atributos asociados a ella, se propagaron por toda la estructura político-militar de las organizaciones.

La cooperación al interior de la organización implicó repartirse tareas comunes, división del trabajo que a veces involucraba altos grados de especialización que reflejaban diferencias de jerarquía. Tales distinciones, no obstante, se dieron en el seno de un ideario de reciprocidad, el cual suponía que cuanto mayor fuera el grado de jerarquía mayores debían ser las responsabilidades y el compromiso. La jerarquía debía corresponderse – idealmente – con una mayor capacidad ya sea política o militar, con la posibilidad de asumir ciertas responsabilidades morales y ciertos riesgos vitales, como matar o que te maten.

La capacidad de sacrificarse por la revolución constituyó una condición subyacente al principio de autoridad. Por medio del gasto visible de tiempo, saberes e incluso la puesta

⁵ Entrevista con Gabriela, Buenos Aires, militante del PRT, 28 de junio de 2001. En este caso utilizamos un seudónimo por elección de nuestra interlocutora.

⁶ Las organizaciones revolucionarias argentinas adoptaron una estructura de tipo celular para operar político-militarmente, siguiendo los principios de compartimentación táctica. Por razones de seguridad, se conformaron unidades operativas básicas (generalmente de cuatro personas), denominadas comúnmente « ámbitos » o « células », que sólo conocían de la estructura general el mínimo indispensable para su eficaz funcionamiento. Sus miembros debían remitirse siempre a un responsable, el cual funcionaba como nexo con una instancia superior de mando. En ocasión de acciones especiales, sin embargo, miembros de diferentes « células » podían formar « comandos », los cuales podían disolverse o no luego de cumplir con la operación encargada por la organización.

en peligro de la propia vida, aquél que sacrificaba algo de su autosuficiencia individual obtenía el reconocimiento por parte del grupo. Reconocimiento que se podía expresar de diferentes maneras, ya sea a través del derecho a mandar, el derecho a ser mantenido económicamente por la organización, etc. Lo que suponía, a su vez, una responsabilidad. De esta forma, se articuló una cadena de deudas y de derechos, una cadena de adhesiones y credibilidades, en la cual se sustentó el proyecto revolucionario.

En este sentido, si bien se presentaron notables diferencias de jerarquía y roles de género, ellas tendieron a ser leídas por nuestras interlocutoras como expresión de una « necesidad operativa », « cuestión de seguridad » y corolario de los « méritos en la lucha », lo que presumía el despliegue de obligaciones diferenciadas en una cadena de prestaciones recíprocas. A través de esta dinámica, dado que todos se encontraban mutuamente endeudados, las necesidades y sentimientos colectivos tendieron a ser tamizados por encima de las necesidades y sentimientos personales.

Moral y política : el « hombre nuevo ».

Un conjunto de reglas y normas – más o menos formales – abarcaban el conjunto de la vida de cada militante, el que se sentía integrante de una organización, al mismo tiempo que invadido por la misma. Cada acción se encontraba sujeta a la apreciación política del conjunto, el cual evaluaba su sentido en términos ideológicos e intervenía cuando lo consideraba « contra-revolucionario ».

La existencia de valores por encima del individuo promovió el despliegue de una serie de mecanismos de disciplinamiento de cada militante. Nuestras interlocutoras señalan cómo la organización intervenía en la vida personal y doméstica de sus miembros, adoctrinando, inculcando valores comunes y sancionando determinados comportamientos considerados « individualistas » o « burgueses », lo que podía ir desde fumar marihuana, mantener relaciones sexuales con otra persona que no fuera la pareja, la homosexualidad, hasta cualquier otro tipo de placer o elección individual que no se correspondiera con los cánones grupales.

De acuerdo a nuestras interlocutoras, « ser revolucionario » implicaba corresponder ideas y prácticas, siguiendo el principio de no contradicción : « se hace lo que se dice ». El militante debía entregarse por completo a la revolución : tiempo, intereses, carne, músculos, sangre, espíritu, palabra, hasta el último aliento, pues el compromiso político se ponía en juego en cada momento, en cada conflicto. « Poner todo » implicaba pasar por diversas experiencias vitales más allá de los gustos y las costumbres de cada uno. Como por ejemplo, tomar clases de Karate, realizar prácticas de tiro, ir a trabajar a una villa, leer las obras completas de Lenin, Marx, Hernández Arregui u otros pensadores, « proletarizarse »⁷. Pluralidad de experiencias que – como refirieron muchas de las mujeres entrevistadas – acarrea situaciones controvertidas y dificultades personales relacionadas con el status de vida, el nivel educacional, los deseos y necesidades que portaba cada militante.

⁷ El término « proletarización » es utilizado coloquialmente para referirse a la estrategia por la cual los militantes entraban a trabajar a una fábrica para imbuirse de los problemas de los trabajadores y, en un sentido general, entrar en contacto con « la pobreza ». Como estrategia política, ello permitiría la captación de « simpatizantes » con la lucha revolucionaria y el desarrollo de mayores grados de concientización entre los militantes. Al mismo tiempo que permitiría avanzar sobre el grado de organización de los obreros.

Una serie de normas y pautas tácitas abarcaron desde una moral estricta sobre las conductas personales hasta una concepción general acerca de lo que significaba ser un « buen militante ». La organización – a través de sus responsables – evaluaba el compromiso de cada uno, decidiendo cuán comprometido se encontraba según las diferentes tareas que realizaba, estableciendo así una especie de « meritocracia ». Se apreciaba la formación ideológica, la capacidad política y/o militar, la disposición a cumplir las resoluciones de la « orga », la efectividad con que se cumplían y la dedicación que se le destinaba. Con predominio del siguiente criterio : « cuanto más de acuerdo con los criterios del grupo actuaba uno, más comprometido estaba y, en consecuencia, mejor militante era ». De esta forma, el militante debía responder a la « orga » por la totalidad de su existencia.

Cuando un militante marcaba una posición política o llevaba a cabo una acción que ponía en juego una diferencia violenta con el grupo o que ofendía al órgano del ideario político revolucionario, la reacción de la organización no se hacía esperar y caía sobre el individuo que amenazaba la unidad a través de sanciones que marcaban su honor y definían su carrera política y personal. Aquellos militantes que no cumplían con las normas del modelo de organización dominante, dudaban de ellas o las contradecían, eran descalificados, recayendo sobre ellos estigmas como el de « pequeño burgués », « contrarrevolucionario », « cobarde », « traidor », y sanciones que podían ir desde llamados de atención hasta la expulsión o el fusilamiento, pues, la desobediencia no era tolerada dentro de las organizaciones. Asimismo, la discusión sobre la constitución de los liderazgos, la sexualidad y los roles de género dentro de las organizaciones, muchas veces eran desmerecidas o subsumidas en preocupaciones mayores : la lucha revolucionaria.

La estimación del compromiso revolucionario establecida por las organizaciones favoreció el despliegue de una especie de carrera político-moral internalizada por sus propios miembros, quienes cuando sentían que no estaban actuando de acuerdo con algo determinado por la lógica oficial, llegaban a dudar de su grado de compromiso, al que ellos mismos clasificaban como insuficiente o utilitario.

En la militancia, la compleja relación entre el acordar y el disentir, entre el querer y el deber, entre el sacrificio y la felicidad, planteó situaciones comprometidas para muchas de nuestras interlocutoras, quienes escudriñaron la mejor forma de adecuar sus apreciaciones y preferencias personales con las exigencias de la « orga », pues de lo contrario, la opción que les quedaba era irse de ella y ser un paria político.

La tensión entre los deseos personales y las razones políticas del colectivo, entendida como parte del proceso de compromiso que iba creciendo, tendió a ser leída como transitoria por los militantes. De este modo, era el militante el que tenía que maniobrar cuando alguno de sus deseos personales adquiría puntos de desencuentro con la lógica colectiva. Maniobra que era apoyada por los « compañeros », a través de una serie de prácticas pedagógicas que intervenían en su vida cotidiana.

La realización personal, en este sentido, transitaba por la realización del colectivo y del ideario político revolucionario que invocaba. El militante estaría realmente comprometido cuando dejara de priorizar sus sentimientos particulares. La convicción de estar haciendo lo que se quería, en este sentido, era legitimada por la « orga », lo que les permitía avanzar sobre las limitaciones individuales, vencer el miedo o el cansancio, y aceptar los riesgos que conllevaba toda acción política, embebiéndolos de coraje ante

operaciones que podían implicar tanto la propia muerte o la de compañeros como el dar muerte a otros.

La militancia en este tipo de organizaciones, de este modo, además de enlazar una serie de prácticas compartidas y actitudes personales, promovió modelos ideales de comportamiento que implicaron una serie de mecanismos de disciplinamiento de los gustos, deseos y necesidades individuales para sostener el compromiso y la entrega con el proyecto político colectivo.

Clivajes políticos en la militancia revolucionaria : « clandestinización », « militarización » y « burocratización » .

La consolidación de una « moral de lucha » fue un componente cardinal de las organizaciones, sustentando las bases de fuertes procesos de adhesión e identificación personales. Estos procesos se tornaron absolutamente imprescindibles en el marco de un accionar clandestino fuertemente expuesto a los dispositivos represivos estatales y para-estatales. Cuando la clandestinidad pasó a ser un componente dominante en la estrategia política-militar, los lazos entre los compañeros de militancia se estrecharon, al mismo tiempo que, se constriñó su compromiso con la « lucha revolucionaria ». Compromiso que, podríamos decir, se cristalizó como exclusivo y excluyente, en tanto aquél que militaba debía priorizar el trabajo para la revolución y – consiguientemente – con la « orga » por sobre todas sus otras actividades y relaciones sociales que ellas abarcaran.

Tal dinámica de constreñimiento del compromiso revolucionario, sin embargo, también puso en jaque ciertos valores y principios estimados en la praxis militante, que derivaron en diversos malestares y cuestionamientos personales acerca de su participación en organizaciones político-militares.

Atendiendo a los relatos de nuestras interlocutoras, con relación a la tensión esbozada entre la tendencia al establecimiento de compromisos personales exclusivos y excluyentes con la lucha y el debilitamiento de determinados valores constitutivos del ideario revolucionario, se observa la ocurrencia de una estimación periodizada de la organización en la cual militaban. Periodización circunscrita a la percepción de un clivaje político en la militancia, signado por un proceso progresivo de « clandestinización », « militarización » y « burocratización », expresado en diversos eventos vivenciados como hitos dentro del devenir de las organizaciones.

En primer lugar, se puede apreciar cómo la « clandestinización » involucró numerosas alteraciones de la vida cotidiana para los militantes, cambio que – en muchos casos – fue vivenciado por nuestras interlocutoras como « desgastante ». La clandestinidad, como refugio para sobrevivir ante las prácticas violentas de la represión, exigió de los militantes ajustes extraordinarios en su cotidianidad. Por un lado, la desaparición del « mundo legal » al asumir otra « identidad ad hoc ». El no usar su verdadero nombre, ni siquiera con sus compañeros, constituyó una medida de seguridad para todos los implicados pero, ciertamente, a un alto costo emocional, ya que el militante se encontraba en la mayoría de las situaciones ocultando su « verdadera identidad » frente a las personas con las cuales interactuaba a diario. A la vez, esta transformación exigió muchas veces un cambio radical de status social, una ruptura con los hábitos pasados ligados a la vida « no clandestina », requiriéndole una gran capacidad de adaptación a condiciones precarias de vida, en donde debía cambiar permanentemente de domicilio, no podía tener

libretas con nombres y direcciones, fotografías, ni ninguno de aquellos elementos que en nuestra sociedad hacen a la filiación de una persona.

En un contexto donde la persecución por parte de las fuerzas de seguridad se había profundizado, cada gesto, postura y actitud corporal, era elemental para evitar llamar la atención, ser identificada como posible « subversiva » o delatar la identidad bajo la cual era buscada, lo cual podía no sólo ponerla en peligro a ella sino también a otros compañeros y a los operativos coordinados en marcha tendientes a plasmar el proyecto revolucionario. Ello implicó todo un trabajo de camuflaje, al cual se destinaron grandes esfuerzos :

Las mujeres no podíamos andar en jean, teníamos que andar con pollera porque en las mujeres era como medio detectable que podías ser subversiva, te podían parar porque se fijaban en cómo andabas vestida, entonces teníamos que tener hasta ese tipo de cuidados. Teníamos todas las posibilidades de movernos, pero con muchísimo cuidado. Las mujeres teníamos que salir todas las mañanas a barrer las veredas, para hacer lo que hace una señora de barrio normal, teníamos que fijarnos qué hacían para no ser diferentes.⁸

El « pase la clandestinidad », además de ser mencionado como una cuestión de seguridad, fue señalado como un *modus operandi* característico de las organizaciones revolucionarias, reflejo de una concepción política determinada. Esta modalidad de militancia, envolvió un espectro de prácticas y representaciones al interior de las organizaciones que tuvo notables consecuencias en las relaciones entre sus miembros. Frente a la persecución por las fuerzas de seguridad, cada contacto con un referente que permitiera la identificación, podía implicar la propia detención o « caída » y la de varios « compañeros ». Una constante de la militancia clandestina fue, de este modo, el medir lo que se decía y se hacía en una « cita de control », un encuentro casual y en la vida diaria en general. Los individuos, cuando se encontraban, procuraban no dar ningún dato que hiciera referencia a su trayectoria política ni a su paradero, pues, todos los elementos que permitían identificarlos y localizarlos ponían en peligro su vida y la de sus allegados. El contacto entre militantes, de esta forma, procuró verse reducido a cuestiones operativas, aunque esto raramente se logró, básicamente, por las características inherentes a la génesis de estos grupos (donde muchos eran amigos, familiares o conocidos) y por los principios de las organizaciones (donde la solidaridad era un valor altamente valorado). De esta forma, paradójicamente, lo inherente a la constitución y continuidad de las « orgas » era lo que ponía en peligro a sus miembros.

La tensión entre las estrategias de lucha político-militar predominantes – como ser : la clandestinidad, la compartimentación de la información y el incremento de las operaciones armadas (copamiento de cuarteles y comisarías, secuestros extorsivos, asesinato de miembros de las fuerzas de seguridad, etc.) – y algunos principios valorativos de las organizaciones revolucionarias – tales como : la solidaridad, el trabajo cotidiano con otros « compañeros », el compromiso social, la subordinación de lo militar a lo político –, se manifestó en diversos malestares que, en general, se debieron a un desentendimiento con la organización a la cual pertenecían.

El predominio paulatino del accionar militar sobre el trabajo político o « de superficie » : el que se llevaba a cabo en sindicatos, partidos políticos, gremios, villas, comunidades

⁸ Entrevista con Ana, ex integrante de la organización Descamisados y luego oficial Montonera, Buenos Aires, 3 de abril de 2001. En este caso utilizamos un seudónimo por elección de nuestra interlocutora.

indígenas, llevó a muchas mujeres a hablar de una « militarización » progresiva de la organización en la cual participaban. Varias mujeres refieren cómo la « clandestinización » de los dirigentes reconocidos por su trayectoria de lucha ideológico-política (comúnmente llamados « cuadros ») reflejó la preeminencia de una determinada concepción política dentro de sus organizaciones, la que tendió a sobrestimar la lucha armada por sobre el « trabajo de base », despegando al « aparato militar » de la « superficie » .

El « descuelgue » de las operaciones armadas respecto al contexto social y político donde se desplegaban, fue mencionado por varias de nuestras interlocutoras como habilitador de un proceso de profundas fisiones internas vinculado al desprendimiento de la plataforma de trabajo político y reclutamiento de nuevos militantes o simpatizantes de las organizaciones revolucionarias.

Un fenómeno que profundizó la percepción de « descuelgue » político de las organizaciones revolucionarias, se debió a la compartimentación de la información imperante en ellas. Los militantes se enteraban de ciertas operaciones por la radio o los periódicos, operaciones que, muchas veces, les parecían controvertidas e – incluso – en las cuales no se sentían representados.

Otro elemento señalado como indicador de un clivaje en las organizaciones fue la profundización del verticalismo en la toma de decisiones, y la formalización en la supervisión y evaluación de los militantes, la cual se fue sistematizando y perfeccionando al interior de cada una de ellas, a medida que se vigorizaba el accionar militar sobre el « trabajo de base ». La expresión « un documento bajaba » se fue imponiendo en muchas de las organizaciones revolucionarias, donde la apertura para discutir criterios políticos de acción se vio cada vez más limitada, a pesar de las desavenencias que existían respecto al rumbo que iba tomando la lucha armada.

El centralismo y el verticalismo en la toma de decisiones se profundizaron al interior de las organizaciones a medida que se amplificaba la persecución sobre sus militantes, donde las posibilidades de continuar con la lucha revolucionaria se iban cercando cada vez más. Lo mismo ocurrió con la clandestinidad y la compartimentación de la información. Si bien ello pudo responder – básicamente – a cuestiones de seguridad, sus implicancias fueron mucho más allá. La participación de los miembros en la discusión política –trasfondo de las operaciones armadas – se vio fuertemente limitada, los grados de jerarquía se estamparon en jinetas (materiales o simbólicas) y las diferencias expresadas por estas últimas se hicieron sentir en la vida cotidiana de cada uno de los militantes. Por ejemplo, no todos los miembros eran mantenidos económicamente, sólo aquellos que se encontraban en el aparato militar, generalmente clandestinizados, y – por ende – no tenían otra entrada de dinero. Un problema se planteó, sin embargo, cuando la mayoría de los militantes debió pasar a la clandestinidad, lo cual implicó abandonar el trabajo. Ahí, el nivel de prescindibilidad o imprescindible dictado por la organización y las diferencias de status social entre los militantes –en tanto la ayuda económica que les pudieran prestar sus respectivas familias – entraron a jugar con fuerza. Muchas de las militantes se vieron en serias dificultades, peregrinando de casa en casa, sin recursos. De esta manera, las posibilidades de continuar militando comenzaron a depender cada vez más de la organización y el cargo que se ocupara en ella.

Paralelamente a la consolidación de los aparatos represivos del Estado, las mujeres comenzaron a percibir como sus propias organizaciones iban entrando en un proceso de

clandestinización, burocratización y militarización, coartándose la posibilidad de reproducir los principios valorativos de las organizaciones revolucionarias, donde la solidaridad, la reciprocidad y la lealtad eran valores altamente estimados.

En un marco donde los militantes se encontraban vigilados en cada movimiento, donde las detenciones y asesinatos se volvían cada vez más frecuentes, la cadena de dones comenzó a deteriorarse, mermando la confianza en la organización. A ello se sumó la limitación de la discusión política interna, la que se clausuraba progresivamente a medida que aumentaban el desencantamiento. Las diferencias políticas, entonces, comenzaron a prevalecer sobre los acuerdos, y las divergencias entre las apreciaciones personales y las razones del colectivo político comenzaron a emerger significativamente dando lugar a hondos malestares que, en unos casos, se llegaron a expresar en disidencias. Proceso interno que se vio clausurado abruptamente por la desaparición de miles de militantes, la emergencia de nuevos movimientos sociales como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, la derrota militar en las Islas Malvinas y la transición democrática inaugurada en 1983.

Consideraciones finales :

Este trabajo, no partió de una perspectiva de género, aunque quizás lo atravesase subyacentemente. En las entrevistas y encuentros informales realizados con decenas de mujeres ex militantes en organizaciones revolucionarias, la categoría para referirse a los otros y a ellas mismas es « compañero ». Esta categoría era entendida como sinónimo de « hombre nuevo », entre otros términos. Este hombre, como categoría genérica supuestamente neutra no desconocía las desigualdades muchas veces asociada a los roles de género, pero todo esa lucha vendría después, cuando se plasmara la victoria de la revolución.

En este sentido, más allá de las pretensiones de una ruptura política radical, muchos aspectos de la vida al interior de las « orgas » quedaron enmarcados en tradiciones establecidas, como la heterosexualidad, la virilidad y la militarización de la política argentina. Y la normalidad de ciertos roles siguió dejándose fuera de discusión, mas allá de los planteamientos de varias mujeres sobre los requerimientos de la militancia y las « tareas domésticas ». En este marco, no resultaba sencillo incorporar una posición crítica a los padrones asociados a la sexualidad, ello vendría luego de cambiar la estructura de explotación que determinaba otros tipos de desigualdades, incluso los roles de género y jerarquía al interior de las propias organizaciones.

Considerando lo anterior, creemos que siempre es un buen momento para seguir reflexionado sobre cómo pensamos y vivimos la política, y cuáles son las potencialidades y limitaciones de los colectivos que construimos o de los que participamos para viabilizar nuestra acción transformadora sobre el mundo. En Argentina, así como en muchos otros países, miles de hombres y mujeres lucharon por alcanzar un cambio revolucionario en un contexto social percibido como extremadamente injusto. Esperamos que la multiplicación de investigaciones sobre diversas modalidades de organización política y nuestra constitución como sujetos de cambio colabore, de alguna manera, a imaginar nuevas realidades o, al menos, aprender de las limitaciones pasadas.